

SARAH
HENNING



LA
PRINCESA
TE SALVARÁ

FANDOM BOOKS

LA
PRINCESA
TE SALVARÁ

Título original: *The Princess Will Save You*

1.ª edición: septiembre de 2023

© Del texto: Sarah Henning, 2023

Publicado mediante un acuerdo con Baror International, Inc.,
Armonk, New York, U. S. A.

Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Jaime Valero, 2023

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2023
C/ Valentín Beato, 21. 28037, Madrid

www.fandombooks.es

Ilustración de cubierta: Juliet García

ISBN: 978-84-18027-83-3

Depósito legal: M-17865-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SARAH
HENNING

LA
PRINCESA
TE SALVARÁ

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para Justin:
Si alguna vez te secuestran
unos piratas, iré a rescatarte enseguida.*

*Y para Nate y Amalia:
Sí, este también es un libro de besos. Lo siento.*

EPÍGRAFE

Se conocieron como la mayoría de los amigos.
Momento adecuado, edad apropiada, intereses comunes.
Recogían ramitas del suelo y decían que eran espadas. Chichones, moratones y sonrisas compartidas.

Y cuando llegó el momento de separarse, de repente resultó imposible. La novedad se disolvió en las horas compartidas hasta convertirse en la semilla de algo más.

Algo moldeado de tal forma que se extendía hacia el infinito desde el punto donde terminaba la novedad.

Algo que, con el tiempo, se parecería mucho al amor.

CAPÍTULO 1

El susurro y el tintineo del acero resonaron por las estribaciones de Ardenia, donde una princesa y un mendigo entrechocaban sus espadas.

«Izquierda. Derecha. Cruce. Ataque alto. Media altura. Guardia. Estocada».

—Has estado practicando —le recriminó la princesa al muchacho con una carcajada que resonó por ese pequeño prado que consideraban suyo.

En los terrenos del Itspi, el castillo de Ardenia, había hierba ondulada de sobra, pero pocos sitios que proporcionaran intimidad. Sin embargo, se habían apoderado de esa porción de tierra, llana en su mayor parte y rodeada de enebros fragantes por tres de sus laterales, hacía mucho, cuando eran pequeños.

Era un secreto a voces dentro del castillo que la princesa Amarande de Ardenia pasaba demasiado tiempo allí. Y con ese chico. Luca. Y, hasta hacía poco, a nadie le había preocupado.

—Solo intento evitar una lesión aparatosa.

—Venga, Luca, creo que quieres hacer algo más que ahorrarte una herida. —La princesa ladeó la cabeza cuando sus espadas se encontraron a la altura del pecho y sus rostros y mejillas ruborizadas quedaron a escasos centímetros de distancia. Vestían igual: calzas de entrenamiento, sayo, coraza y muñequeras, pero llevaban la cabeza descubierta. El cabello castaño de la princesa había comenzado a salirse de la apresurada trenza y se le arremolinaba en bucles alrededor del rostro—. Creo que quieres ganar.

Al oír eso, Luca se limitó a sonreír, descubriendo hoyuelos mientras se abalanzaba hacia el frente. Se sirvió de su espada

(roma de tanto entrenar, pero todavía resistente, pues estaba hecha con acero basílico) para golpear a Amarande en la cintura, justo por debajo de la coraza. Una advertencia sobre lo que podría pasar en un combate de verdad.

—Siempre, princesa.

—En ese caso, hagamos que resulte más emocionante, ¿vale?

Lo formuló como una pregunta, pero Luca la conocía bien. Mejor que nadie. Luca, el encargado del establo del padre de ella. El que tenía tanto derecho como la propia Amarande a considerar el castillo como su hogar. Incluyó su espada hacia atrás, adoptando una pose de guardia alta, listo para bloquear cualquier ataque, tal y como la general Koldo le había enseñado en un arrebato de compasión hacia ese muchacho que se atrevió a desafiar a la hija del Rey Guerrero.

Sin embargo, todavía le faltaba velocidad.

Antes de que Luca tuviera la espada en posición, Amarande había tomado impulso y, con un movimiento velocísimo, lanzó un puñal directo hacia el rostro de su oponente. No era una roma hoja de prácticas: era un puñal de verdad, el que había llevado consigo desde antes de aprender a leer. Las lecciones que recibió de los soldados del rey Sendoa siempre fueron tan importantes como todo lo que sus tutores conseguían enseñarle. Las espadas romas podían magullar y golpear, pero ese puñal era capaz de rajar, rebanar, cortar.

Luca reaccionó justo a tiempo, desestimando la espada y alzando la mano libre. Movié los dedos lo suficientemente rápido como para agarrar el último palmo de la empuñadura del cuchillo. Eso también lo había practicado.

En un abrir y cerrar de ojos, lo hizo girar sobre la palma de la mano y lo arrojó a su vez contra ella. Tiró a fallar, por supuesto, pero ejecutó el lanzamiento con la mano izquierda y le faltó precisión. Por eso le pasó rozando, se enganchó en el cuero de la hombrera de la princesa y provocó que cayera de espaldas sobre la hierba.

—Ama —susurró Luca, dejando caer su espada. Dio un paso cauteloso hacia ella.

Otro error.

Desde el suelo, Amarande hizo un barrido con una pierna y lo derribó. Luca salió despedido por los aires y luego cayó, se estrelló contra el suelo, quedándose sin aire en los pulmones con el que pronunciar el nombre de la princesa. Antes de que pudiera intentar incorporarse, Amarande se sentó sobre su estómago, sirviéndose de las rodillas para dejarle los brazos inmovilizados sobre el pecho. Apoyó un brazo encima de la coraza, justo por debajo de la clavícula, para bloquearlo todavía más. Con el otro sostuvo el puñal a un palmo de él.

Antes de que tomara el próximo aliento podría estar muerto.

—Sí que has estado practicando.

La princesa lo dijo con admiración, aunque esbozó un gesto de triunfo y determinación. Observó a su presa, que seguía inmovilizada; era asombroso lo que podía hacerse con un poco de destreza, sin importar el tamaño, a un chico tan fuerte como ese.

Luca tenía una mancha de barro en la frente que le llegaba hasta la base del pelo, negro y corto. El sudor le corría por la sien, serpenteando alrededor de sus largas pestañas para luego descender por la mejilla, haciendo una breve parada para introducirse en la sombra de un hoyuelo mientras él apretaba los dientes y esbozaba una sonrisa. Observó el cuchillo que empuñaba la princesa, a un palmo de su garganta.

Entonces, la miró con esos ojos dorados como la nieve bañada por el sol al amanecer, y Amarande sintió que su corazón se derretía como la cera frente a una llama. La tensión fruto del combate se disipó de su cuerpo hasta que el cuchillo, aunque permanecía pegado a su garganta, dejó de suponer una amenaza. Luca le acarició la mejilla y le recolocó tras la oreja un mechón alborotado por el viento.

Con el paso de los años, la intimidad del prado le había permitido a ella compartir los pasteles de limón que robaba de las cocinas, y a él consolarla cuando el rey partía en otro viaje con sus regimientos y su querida Koldo, para mantener a salvo los reinos de Arena y Cielo en respuesta a la llamada de sus aliados. Pero durante el último año había habido algo más.

Entre ellos se alzaba una barrera casi tangible: responsabilidad, expectativas, normas. Esas cuestiones ineludibles habían convertido el regocijo de sus primeras conversaciones en algo denso e indefinido.

Luca se apoyó sobre los codos. Amarande se incorporó y le apartó el brazo del pecho. Se sostuvieron la mirada mientras él entreabría los labios, y la princesa se preguntó si llegaría a decirlo. Que él también lo percibía y que ella no era la única que portaba una esperanza inenarrable en sus entrañas.

Sin embargo, lo que dijo fue esto:

—Pues claro que entreno. Lucho contigo.

Mientras ella buscaba una respuesta, se oyó un grito procedente de más allá del prado y doblaron las campanas de bienvenida, cuyo eco resonó por los terrenos. Era obvio que el padre de Amarande había regresado de su labor benéfica del solsticio, con las manos vacías después de repartir pan y fruta entre las familias mineras a lo largo de la frontera ardeniana con el Torrente hasta el lugar donde se fusionaba con Pirineo. La princesa tendría que ir a asearse para cenar con él y escuchar las historias de niños montañeses de rostros bondadosos que corrían por senderos de tierra detrás de su caballo, entonando canciones. Algún día, cuando el Adalid dejara de gobernar, tal vez le permitiría acompañarlo.

Pero, por ahora, en ese preciso instante, no quería estar en ningún sitio que no fuera con Luca.

Sin embargo, les interrumpieron de nuevo: un jinete se acercaba por la colina. Amarande recordó de inmediato su adiestramiento, su padre se lo había inculcado desde el día en que le puso una pequeña espada de madera en la mano y comenzó a transmitirle los conocimientos propios de un guerrero.

«Permanece alerta o morirás».

«Da el primer paso».

«Un guerrero ducho es un guerrero vivo».

La primera norma resonó en su mente y la princesa se puso en pie de un salto, con el puñal aferrado entre las yemas de los

dedos. Los terrenos del castillo no eran peligrosos, pero valía la pena estar preparada.

El jinete descendió por la parte más empinada de la colina, una pendiente pronunciada antes de llegar a la extensión llana del prado. Vestía sin armadura, solo con la ropa de montar, y avanzó raudamente hacia ellos a lomos de una yegua moteada de patas vertiginosas. Fue entonces cuando Amarande reconoció que no era un hombre, sino una mujer: la general Koldo, la mejor amiga del rey y su mano derecha. Ejercía tanto de líder del ejército como de madre sustituta para Amarande, y la princesa nunca había visto el menor atisbo de miedo en su rostro bronceado por el sol. Pero allí estaba esa sensación cuando se acercó, con la trenza ondeando al viento mientras los cascos del caballo levantaban una polvareda del color de la herrumbre.

—¡Ama!

El dique que contenía el pánico que crecía dentro de Amarande se rompió.

Koldo la llamaba Ama en privado, a solas, pero nunca delante de nadie, ni siquiera de Luca, que utilizaba ese apodo de la misma manera. La general, en un contexto como aquel, siempre se refería a ella como «princesa».

El hecho de que Koldo infringiera ese protocolo resultó tan aterrador como el miedo patente en su voz.

Luca también lo advirtió. Se situó al lado de Amarande. Le rozó los dedos como si quisiera agarrarlos, ofrecerle un parapeto para el golpe que ambos veían venir.

Koldo llegó hasta ellos, y, antes incluso de que desmontara, la princesa atisbó el rastro de unas lágrimas en sus mejillas polvorientas. Se le encogió el corazón antes de que las palabras salieran por su boca. El aliento se le escapó de los pulmones, hasta que todo su ser se evaporó entre la brisa de la montaña. Amarande vio cómo las palabras se precipitaban desde los labios de Koldo desde un punto situado fuera de su cuerpo, sobrevolándolo, consternada.

«El rey ha muerto».

CAPÍTULO 2

En un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. En un momento dado, el rey Sendoa estaba bebiendo de su vieja cantimplora; al siguiente, una tos ronca y la muerte. Todo sucedió tan deprisa que se cayó de la montura de su caballo sin que nadie tuviera tiempo de advertir que necesitaba ayuda, y mucho menos de prestársela.

Fue su corazón, decían algunos, que se paró de repente. Tal vez su sangre, que se coaguló en su cerebro. O sus pulmones, una vieja enfermedad agravada por la altitud.

Amarande no se creía nada de eso.

Cuando el polvo y el caos de aquel día se asentaron y llegó la siguiente jornada, la general Koldo estaba de pie, bajo la luz deslumbrante de media tarde, en el salón de los aposentos de la princesa. Amarande estaba acurrucada, descalza sobre los cojines dorados de un diván alargado, todavía con la ropa que llevaba puesta cuando su mundo se desmoronó. Solo le faltaban la coraza y las botas, desechadas en cuanto irrumpió en sus aposentos.

Le rogó a Luca que se quedara, y él así lo hizo; había permanecido a su lado en todo momento, solo salió para atender a los caballos. El muchacho saludó a Koldo con una inclinación de cabeza desde su puesto en el otro extremo del diván.

—El Consejo Real solicita tu presencia, Ama. —La voz de Koldo no podía definirse como suave o gentil. Era una voz curtiada en mil batallas. Pero la sola mención de su apodo al final de la frase hizo que la princesa quisiera correr a los brazos de la general y empapar de lágrimas sus insignias de color oro y grana. Ese nombre, Ama, siempre tenía una sonoridad distinta en labios de

Koldo, por muchas veces que lo hubiera pronunciado—. Si no te encuentras bien, puedo proponer que lo aplacemos hasta mañana.

La princesa tragó saliva, haciendo trabajar a su lengua reseca. No estaba acostumbrada a que el llanto la dejara tan vacía.

—No, no. Ya voy.

Koldo se había reunido con los consejeros apenas una hora después de regresar al castillo con la noticia de la muerte de Sendoa. Estaba más unida al rey que la propia princesa: si ella era capaz de debatir los asuntos del castillo después de semejante conmoción, Amarande también podría.

Eso era lo que hacían los líderes.

Aunque Amarande quería que Luca las acompañara, no se lo permitieron, así que se fue a preparar el establo para las hordas de invitados equinos que llegarían para el funeral. Cuando se marchó, aparecieron las doncellas y la princesa se puso un vestido: negro y brillante, con corpiño de encaje y mangas largas, según los dictados de la moda. En lugar de unas chinelas, se calzó las botas, y al sentir el roce del cuchillo que ocultaba allí se sintió reconfortada. Las punteras desgastadas del calzado asomaban por debajo del dobladillo del vestido, pero la comodidad y la prevención estaban por encima de la estética.

El Consejo Real de Ardenia se reunía en la torre septentrional del Itspi, toda el ala septentrional estaba reservada para los asuntos de Estado. Los relucientes muros de arenisca de su hogar le produjeron cierta sensación de claustrofobia mientras caminaba al lado de Koldo. Los rincones y recovecos familiares le parecían desmesurados e insuficientes al mismo tiempo. Podía deleitarse con el abrazo del Itspi o quedar aplastada bajo el peso de sus muros; cualquiera de las dos opciones era posible. Sin su padre, ya nada estaba bien.

Las grandes puertas granates de la sala del Consejo se abrieron de par en par. Al entrar, la princesa y la general fueron recibidas por el consejero Satordi, líder de facto del Consejo y principal asesor del Rey Guerrero.

—Princesa Amarande, general Koldo, sed bienvenidas —dijo Satordi desde su asiento.

Amarande siempre había visto a todos los consejeros levantarse cuando su padre entraba en la sala. Sin embargo, Satordi y los otros dos (Garbine, la del cabello plateado, y Joseba, el de las mejillas sonrosadas) permanecieron sentados a la mesa que dominaba la sala. Los tres eran la viva imagen de unas velas derretidas sobre la gran mesa, con sus sayos de seda blanca y dorada derramándose desde sus hombros. Tras ellos, unos tapices de anteriores monarcas cubrían las paredes, acentuando la atmósfera de la estancia con sus tejidos oscuros. La única iluminación provenía de las ventanas, que envolvía a los consejeros con el halo del atardecer.

—Sentaos, por favor, y empezaremos —dijo el consejero, ondeando un brazo.

Había sillas talladas con la cabeza de un tigre (el emblema de Ardenia) destinadas a los invitados, pero estaban separadas de la mesa, no a la misma altura que los asientos de los consejeros. Amarande sintió un nudo en el estómago. Aun así, no hizo ninguna declaración de principios acercando una silla a la mesa, ni tampoco se dirigió con paso firme al asiento reservado para su padre, en el extremo septentrional del óvalo. En su opinión, nadie sería digno jamás de sentarse allí.

Aunque privada de sueño y sustento, se obligó a permanecer de pie ante ellos, en lugar de sentarse lejos como una invitada. Koldo permaneció a su lado, pero ligeramente rezagada, como cuando acompañaba a Sendoa a algún lugar peligroso.

Cuando Satordi advirtió que no hacían amago de sentarse, flexionó los dedos y añadió:

—Tenemos mucho que debatir.

Sí, así era.

Lo primero y más importante: la sucesión.

Las leyes establecían que la sucesión del reino de Ardenia recaía sobre el linaje masculino, pero esa posibilidad había finalizado con su padre. No había ningún heredero varón: ni tíos, ni

primos, ni sobrinos. Solo esa joven de dieciséis años que el rey Sendoa había estado criando a su imagen y semejanza desde que la madre de Amarande se ganó el apodo de la Reina Fugitiva.

Por eso, con el último aliento de Sendoa, Amarande no solo había perdido a su padre; también había perdido su independencia.

Las leyes eran claras: para gobernar, ella debía estar casada.

Su título y la propia Ardenia se habían convertido en objeto de compra, trueque o robo.

Por el bien de su pueblo.

Por la obtención de valiosos pastos e imponentes montañas, por los diamantes extraídos para el comercio y las piezas de oro, por hombres y mujeres acorazados a los que solo la mismísima muerte podía igualar.

Y ningún rey en Arena y Cielo podía permitir que ese botín recayera en manos de otro.

Sobre la gran mesa que separaba a los consejeros de la princesa había un pergamino con el sello de cera desmigajado, recién abierto, pero tan reconocible como esperable. Un contrato matrimonial, probablemente de su vecino más cercano, Pirineo.

Pronto serían tres, pues los demás reinos de la unión (Basílica y Myrcell) habrían enviado jinetes a la vanguardia de sus cortejos fúnebres, que competirían por acaparar la atención del Consejo. ¡Por los astros! Casi esperaba recibir un contrato por parte del misterioso Adalid que gobernaba el Torrente, porque ese botín inesperado era demasiado tentador: ningún reino del continente de Arena y Cielo había dejado una mujer como única heredera desde hacía mil años.

El rey no la invitó a la sala del Consejo durante gran parte de su infancia, pero se había encargado de llevarla el año anterior, para así ampliar su formación en liderazgo, más allá del campo de entrenamiento y la armería, y familiarizarla con el panorama político. Por lo tanto, los consejeros la conocían mejor que nunca, y viceversa. Aun así, el comportamiento de Satordí, aunque respetuoso, era propio de un mentor que desea que su alumno preste atención, no que participe. Eso, sumado a la certeza de que los consejeros no se

habían levantado de la silla a propósito y que no habían colocado un asiento para ella en la mesa, determinó la atmósfera de la reunión.

Y así, a pesar del cansancio, la princesa Amarande decidió establecer sus propias reglas. Deslizó la mirada desde el contrato matrimonial hacia el rostro de Satordi.

—Antes de debatir el asunto de la sucesión, creo que primero debemos abordar la creación de una comisión que investigue el asesinato del rey Sendoa.

Los consejeros se tensaron bajo sus sayos. Como de costumbre, Satordi habló en nombre del grupo. Durante el tiempo que Amarande pasó en esa sala con su padre, confirmó que la proximidad al poder le había hecho creer que tenía más del que realmente poseía.

—Princesa Amarande —dijo Satordi, agudizando ese tono mordaz tan propio de él—. Sabéis bien que la eminente *medikua* Aritza ha examinado el cuerpo del rey y no ha encontrado indicios de juego sucio, tal y como ha secundado la general Koldo, que estuvo a su lado todo el día y no advirtió nada fuera de lo normal.

Amarande no se molestó en mirar a la general. Sí, sabía que la versión oficial de Koldo apuntaba hacia una muerte natural, y que fue ella quien había visto morir a su padre. El consejero estaba utilizando a Koldo, ondeando el cariño mutuo que se profesaban delante de las narices de la princesa, esperando que mordiera el anzuelo.

Debería haberlo supuesto.

—La *medikua* Aritza es una curandera portentosa y eminente, sin duda, pero ni siquiera ella conoce todos los posibles métodos de ataque.

Eso era cierto: la galena más célebre del país se empeñaba en mantenerse al margen de las intrigas políticas por el simple hecho de querer ser imparcial cuando alguien le pedía una poción a cambio de unas monedas de oro.

—Y la general Koldo es una guerrera excelente —añadió la princesa—, pero eso no significa que nunca se equivoque. Incluso

para sus ojos avezados, la interrupción de un corazón causada por un veneno parecería igual que la parada de un corazón por causas naturales.

Koldo asintió, su larga trenza morena se deslizó sobre el broche granate de su capa.

—No le falta razón, consejeros. Nunca he visto morir a un hombre por causas naturales. Estoy de acuerdo con la princesa en esta cuestión.

La general dio un paso al frente hasta quedar situada hombro con hombro con la princesa, formando un frente común ante la mesa.

—Sé que ambas manteníais una relación más estrecha que yo con el rey. —La consejera Garbine se puso en pie; el fuego que ardía en su interior estaba contenido, pero era palpable—. Por ese motivo, soy consciente de que para vosotras puede resultar tan difícil como su muerte en sí el admitir que a veces los momentos devastadores suceden de un modo nada espectacular.

Amarande y Koldo guardaron silencio. La mujer canosa sonrió a la princesa, con toda la intensidad concentrada en sus ojos, las manos extendidas como si dirigiera una plegaria hacia los astros.

—Alteza, ¿habríais preferido que vuestro padre regresara a casa ensartado por una espada? ¿Decapitado? ¿O que no volviera y acabara convertido en cenizas en un pozo de fuego del Torrente?

Amarande tragó saliva.

—No, pero cualquiera de esas posibilidades me resulta más creíble que el hecho de que el hombre más fuerte de Arena y Cielo se desplomara desde su montura sin venir a cuento.

Garbine entreabrió los labios para responder, pero Satordi extendió una mano para contenerla y se puso en pie, profiriendo un suspiro de impaciencia.

—No podemos permitirnos importunar a todos los reinos del continente indagando en algo que no podemos probar. Eso incomodará a nuestros aliados.

Garbine y Joseba asintieron con la cabeza. El contrato que había sobre la mesa parecía acaparar toda la luz de las ventanas.

—¿Debemos aceptar sin más lo sucedido? —Amarande mantuvo un tono sereno y cortés, pero algo prendió en las cenizas en las que se había convertido su alma desde que conoció la noticia. Comenzó a arder de nuevo por dentro.

—Así es, princesa —respondió Satordi, tajante—. Lo aceptaremos, porque en este momento tenemos asuntos mucho más urgentes que abordar.

Amarande no había previsto que su petición encontrara oposición (de hecho, pensaba que sería el curso de acción natural), así que no había planeado ninguna réplica. Pero, de repente, se sintió impelida a discutir. Afianzó los talones sobre la baldosa de mármol, encaramada sobre sus robustas piernas, con todos los músculos en tensión, desde las pantorrillas (en la derecha seguía notando el roce del cuchillo que llevaba escondido en la bota) hasta la curvatura de la mandíbula.

—No veo qué podría ser más importante.

Satordi golpeó la mesa con un nudillo y se quedó mirando a Amarande.

—Porque os negáis a verlo. Gobernar implica mucho más de lo que se ve a simple vista. —Desplegó los brazos con el ceño fruncido—. La muerte de vuestro padre pertenece al pasado. El futuro de Ardenia requiere vuestra atención. Os lo imploro. ¿Queréis ser gobernante? Actuad como tal. Escuchadme.

Amarande apretó los dientes. No dijo nada. Koldo permaneció en silencio a su lado.

Tras una pausa lo bastante larga como para asegurarse de que había recuperado el control, Satordi continuó, abordando de inmediato los asuntos que consideraba más acuciantes:

—Hemos recibido una generosa propuesta de Pirineo. Es solo una oferta preliminar y es probable que lleguen más. Las verdaderas negociaciones darán comienzo cuando todos los miembros de la realeza lleguen para el funeral del rey Sendoa.

La princesa inspiró hondo por la nariz antes de lanzar una respuesta pétrea:

—No pienso casarme.

—¿Por qué os resistís al matrimonio, princesa? —preguntó Garbine—. Es vuestra responsabilidad como princesa de Arena y Cielo: tarde o temprano, tendréis que desposaros. ¿Por qué no ahora, cuando vuestro reino os necesita?

Para Garbine era fácil decirlo, pues había elegido su puesto como consejera por encima de la posibilidad de casarse. Renunciar por voluntad propia a la libertad para amar no tenía nada que ver con que te la arrebataran nada más nacer. Peor aún: ¿y si aceptar una oferta significaba no solo perder cualquier oportunidad de amar sino también alinearse con la nobleza que había matado a su padre?

—Así es, mi reino me necesita. No un rey usurpador que quizás haya tenido algo que ver con la muerte de su predecesor, mientras fuerza a su reina a una relación que solo le beneficia a él. ¿Qué tiene eso de bueno para Ardenia? ¿Cómo puede un hombre elegido mediante un contrato defender los intereses de Ardenia mejor que yo misma? Seguro que mi padre trabajó con vosotros para prever esa eventualidad. Él no lo habría permitido.

Joseba se puso en pie, frunciendo sus gruesas cejas mientras entrelazaba los dedos con un gesto sereno. No era mucho mayor que la princesa y solo era consejero desde la muerte de su tío abuelo, acaecida dos años antes. Tenía un rostro infantil y su bondad innata permanecía intacta, a la espera de que Satordi la dismantelara por completo.

—Vuestro padre... no se opuso al proceso, princesa.

—Porque no contaba con que lo asesinaran —replicó Amarande. Satordi suspiró, exasperado, pero la princesa lo ignoró y continuó—: Necesito tiempo. Quiero lo mejor para mi pueblo. Cambiad la ley y permitidme gobernar sin intermediarios, no propiciéis un matrimonio precipitado que dejará la amada tierra de mi padre y a su hija en manos de alguien que solo las quiere para su beneficio personal. Diamantes, soldados y una ubicación privilegiada: todos sabemos cuáles son las virtudes de nuestro hogar que tanto atraen a los forasteros.

Joseba frunció los labios antes de continuar con cautela:

—El tiempo es un concepto agradable, alteza, pero no protege a Ardenia de su actual vulnerabilidad. Si no firmamos pronto un contrato, Ardenia será visto como un reino descabezado...

—«Visto» es la palabra clave, consejero. La miopía de los demás no es nuestro problema —dijo la princesa; luego se giró hacia el resto del grupo—. Todos sabemos que los cimientos del Itspi se componen de leyes, decretos y directivas, mezclados con piedra y argamasa. Seguro que hay precedentes acerca de quién debe gobernar tras la muerte de un rey y antes del matrimonio de su hija. Si no es alguien que lleve su sangre, entonces quién. Si no hay precedentes al respecto en todos esos estatutos que se remontan a más de un milenio atrás, seguro que mi padre tenía un plan. Siempre tenía uno. —Los miró a los ojos, uno por uno—. ¿Cuál es su plan?

Tras una larga pausa, a Joseba se le atragantaron las palabras, aunque conocía la respuesta.

—El testamento del rey establece que la general Koldo sea la regente.

La mirada que los tres consejeros cruzaron con la general le confirmó que aquello no suponía una sorpresa para Koldo. Sin embargo, sí lo fue para Amarande. Debían de haberlo abordado en la reunión que mantuvieron durante las horas posteriores a la noticia, mientras ella estaba destrozada por la conmoción, encerrada en sus aposentos en compañía de Luca.

Y a nadie, ni siquiera a Koldo, se le había ocurrido decírselo.

Amarande tragó saliva, con un gesto sereno, sin atreverse a delatar lo que sentía con una mirada de reojo hacia la general. Aun así, se inclinó hacia Koldo y le dio una palmada en la espalda.

—¿Lo veis? El reino no está descabezado. Y tenemos a una mujer al mando del trono. ¿Tan difícil era?

Lo dijo con toda la confianza que pudo reunir, aderezada con cierta ironía, aunque una vocecita en su cabeza se preguntaba por qué su padre no se habría limitado a asignarle la regencia a ella y eludir así todo el problema de la sucesión. Tenía que ha-

ber un motivo, pero Amarande se sentía demasiado aliviada por la nueva situación de Koldo como para preocuparse por eso ahora.

—General Koldo —prosiguió—, como regente, estarás de acuerdo en que es preciso llevar a cabo una investigación sobre la muerte del rey Sendoa antes de que nos apresuremos a firmar un contrato matrimonial con los posibles sospechosos.

—Por supuesto. Me ocuparé de ello enseguida.

—Gracias, general Koldo. Has dado una buena muestra de liderazgo y lealtad. El reino de Ardenia está en deuda contigo.

Se oyeron tres suspiros leves procedentes de la mesa del Consejo.

—Seguimos siendo vulnerables, alteza —continuó Joseba con su templanza habitual y las mejillas del color de un fruto rojo y maduro—. La regencia está planteada como una solución temporal. Por no mencionar que los forasteros lo verán como una ley marcial, como algo inestable.

Amarande reprimió una carcajada.

—¿Acaso mi padre no era conocido como el Rey Guerrero, el líder del ejército más poderoso del continente? ¿Eso era una ley marcial?

Satordi ignoró a la princesa y amplió el argumento de Joseba:

—Y también se puede tachar de primitivo. De temerario. De débil.

—Débil —repitió Amarande, incapaz de ocultar su rabia y su decepción. Cada chispa de su interior se había convertido en una llama, la bruma del día anterior se había disipado, el dolor reforzó sus palabras, su pose, la vehemencia de su tono—. La ley es lo que nos hace vulnerables, consejero. Modificadla. Permitid que gobierne una reina por derecho propio.

Satordi no podía permitir que esa afirmación se impusiera.

—Debéis casaros, princesa. No es discutible.

—Mi madre se casó a cambio de una buena posición y se marchó. Nos abandonó a mi padre y a mí y nunca volvió.

Los tres consejeros fruncieron el ceño: nunca se hablaba de la Reina Fugitiva. El rey no lo permitía. Que Amarande la hubiera

mencionado delante de ellos provocó que se proyectara en la sala una parte del rey Sendoa que sus consejeros nunca habían llegado a ver. Para su sorpresa, Koldo también se puso tenso, aunque sabía todo eso y mucho más.

—Aunque él aprendió a amarla, ella nunca pudo decir lo mismo. Y le partía el alma saber que no podría soportar una vida a su lado. Mi padre no era suficiente para ella. Y yo tampoco. — La voz de Amarande se había vuelto estridente. Tragó saliva y empezó de nuevo con un tono más sereno, pero aún feroz. Mordaz. Tajante—. No importa el efecto que su ausencia causara en mi infancia, porque aprendí algo: no entregaré mi mano a nadie sin que haya amor por ambas partes. Me niego a sentirme frustrada por una cuestión de estatus o impelida por el deber. Me lo merezco... Y Ardenia, también.

Dio un paso adelante y apartó el contrato de la mesa pulida, dejando que cayera revoloteando sobre el embaldosado de mármol.

—Si la elección de mi padre sobre la regencia no os convence, entonces cambiad la ley y dejad que tome yo el mando. El matrimonio puede esperar.

Joseba rodeó la mesa y corrió a recoger el contrato, como si fuera a perder su validez si permanecía demasiado tiempo en el suelo. Satordi retomó la palabra en cuanto el pergamino quedó a buen recaudo entre las suaves manos del consejero.

—Alteza, para modificar la ley, debemos contar con la aprobación de toda la unión de Arena y Cielo. No puede cambiarse por mero capricho.

—¡Por los astros, Satordi! Durante quince años habéis tenido un rey sin cónyuge. Quince años con la certeza de que no habría un heredero varón en el futuro de Ardenia. Quince años para conseguir los votos de la unión y reescribir las leyes. Sin embargo, no lo hicisteis.

«Y mi padre tampoco».

Una nueva punzada de ira se originó en la boca del estómago de Amarande, como un chorro de agua fría sobre la llama que prendía en ella. Respiró hondo.

—La sangre de mi padre corre por mis venas, eso es lo que resulta tan valioso para este reino. Para este linaje. Para estos contratos. Llevo su sangre, ¿qué más da si soy mujer? ¿Qué es más importante? ¿La sangre o la ley?

Satordi tartamudeó, la respuesta protocolaria no había empezado con buen pie:

—Las leyes del linaje paterno fueron redactadas hace siglos para fortificar...

—«Fortificar» significa fortalecer, ¿no es cierto? ¿Cómo fortalece esta ley la posición de Ardenia al entregar nuestro trono a alguien que podría estar implicado en el asesinato de nuestro rey, en lugar de entregárselo a una gobernante que lleva su sangre?

Amarande dejó que sus palabras se asentaran, observando cómo los consejeros trataban de buscar una respuesta que no llegaba.

—¿Mi padre dirigió el mayor ejército de Arena y Cielo y vos decís que, aunque soy su hija, no podré hacer lo mismo debido a mi género? No olvidemos que mi padre designó a una mujer como regente.

—Es que...

—Los hombres no tienen el monopolio de la fuerza. Mi padre era de esa opinión, por eso Koldo era su mano derecha. Y se aseguró de que yo lo supiera. ¿O acaso habéis olvidado que mi padre me entrenó desde que aprendí a andar para empuñar una espada, para lanzar un cuchillo y rastrear presas?

—Nadie lo ha olvidado, princesa —repuso Satordi, cada vez más nervioso.

—Bien. Entonces, ya sabéis a qué os enfrentáis si queréis que acepte este contrato o cualquiera de los demás que estáis esperando. Siempre lucharé por el futuro de Ardenia. Y espero que este Consejo y su regente hagan lo mismo.

Dicho eso, la princesa Amarande dio media vuelta y se levantó la sesión. Miró a Koldo, que asintió con la cabeza, y se encaminó hacia las puertas dejando a la regente y a los consejeros con el eco de las únicas palabras que de verdad quería que recordaran.

«Cambiad la ley».

CAPÍTULO 3

No cambiaron la ley.

El contrato no desapareció, y recibieron más. Uno por cada reino, tal y como esperaba Amarande.

Peor aún: al cabo de unos días llegaron, uno por uno, los líderes de los demás reinos de Arena y Cielo.

Oso, tiburón, puma: Basílica, Myrcell, Pirineo.

Cada uno de ellos le debía su corona al rey Sendoa, el protector jurado del reino. El hombre que prestó su ejército para sofocar las incursiones del Adalid desde las profundidades del Torrente, para dar caza a los piratas que frecuentaban las rutas comerciales a través de la Divisoria (la vía fluvial que separaba Pirineo de Eritri), para despejar los pasos de montaña obstruidos por desprendimientos tras una nevada copiosa.

Toda esa gente que obtuvo mucho más de su alianza que el propio Sendoa acudía ahora a seguir exprimiéndolo: su corona, su territorio, su legado.

Al menos, esa era la opinión de Amarande.

No quería verlos.

Eran gente brutal, horrible y codiciosa.

No se salvaba ninguno.

Domingu, el rey de ojos azules y rostro arrugado de la férrea Basílica, el mismo que había degollado a su propio hermano medio siglo antes para quedarse con su corona. Amarande no dudaba de que sería capaz de matar a la madre de sus más recientes hijos a cambio de un matrimonio que le permitiera adueñarse de la mitad de Arena y Cielo. Su contrato prometía tal cosa sin llegar a decirlo: al fin y al cabo, esa mujer era su quinta esposa.

Akil era el rey niño de Myrcell, con sus playas que serpenteaban por el costado meridional del continente. Con veinte años y recién casado, había viajado solo al funeral; su esposa brillaba por su ausencia mientras él buscaba una perspectiva de futuro más tentadora. Akil tenía una sonrisa bonita y a Amarande le ponía enferma que pudiera esgrimirla con tanta crueldad. ¿Acaso su reina no significaba nada para él?

Renard, el primogénito del vecino montañés de Ardenia, era un año mayor que ella y todo cuanto debería ser un príncipe: pulcro, respetuoso, tradicional hasta la médula. Era como un retrato que ha cobrado vida y resultaba tan poco interesante como un lienzo en blanco. Aun así, todavía no era rey, pues su madre ejercería como regente hasta que cumpliera dieciocho años. Amarande estaba resentida porque Pirineo, con la aprobación de Arena y Cielo, había modificado sus leyes sucesorias para adaptarse a la muerte del padre de Renard, cuatro años atrás, algo que no entraba en los planes de Ardenia.

No, no quería ver a ninguno de ellos, y al parecer el sentimiento era mutuo, ya que se recluyeron en los aposentos de invitados del Itspi. Sin embargo, ella sabía que el Consejo Real se estaba reuniendo con cada una de las partes, yendo de una habitación a otra, antes del funeral, empeñados en plantear nuevos contratos. El futuro de Amarande (y el de Ardenia) estaba siendo diseccionado en renglones llenos de florituras, a pesar de sus razonables peticiones, o posiblemente a causa de ellas.

Se puso lívida solo de pensarlo.

Y eso significaba que necesitaba dos cosas para aplacar sus frustraciones: a Luca y el acero, frío y letal.

Cada vez que lo abordaba de ese modo en el establo, la respuesta de Luca era la misma:

—Siempre, princesa.

Y así, la mañana del funeral de su padre, la princesa Amarande se encontraba en la linde de su prado con un cuchillo en la mano. Ante ella, Luca tomó posición a la sombra de un gran enebro con una zona pelada bastante peculiar a un metro ochenta del suelo.

Por vigésima vez aquella mañana, Luca sostuvo en alto un ramito con las bayas del árbol y, profiriendo un grito, lo arrojó por encima de su cabeza hacia arriba, hacia las ramas. La princesa lo vio subir y luego bajar, y tomó impulso hasta que, en un visto y no visto, un cuchillo salió disparado de su mano. La punta atravesó el tallo de las bayas y las clavó en el árbol, a la altura de la cabeza de Luca, en el centro de la zona pelada.

Su mejor lanzamiento hasta la fecha.

Luca esbozó una sonrisa tan cálida como el sol antes de extraer el cuchillo, dejando libres las bayas, que cayeron del tallo al suelo. Volvió a lanzarle el cuchillo a la princesa, pero con la empuñadura por delante, en señal de amistad.

Cuando ella lo cogió, alguien aplaudió desde atrás con languidez. El eco de esas palmadas reverberó en las montañas que los contemplaban. La princesa Amarande se giró y su buen humor se desvaneció.

Era el príncipe Taillefer.

Once meses menor que su hermano Renard, rubio y con ojos de zorro. Llevaba al cuello una guirnalda confeccionada con flores blancas recién recogidas. No era ningún secreto que a Taillefer le interesaban las artes naturales de la botánica y la anatomía: los segundos hijos necesitaban alguna afición con la que entretenerse.

—Vaya, después de esa exhibición, me atrevo a decir que, si te casas con mi hermano, yo seré rey dentro de un año.

Ese príncipe no solo era despiadado, sino también insolente. Ni saludos, ni condolencias. Únicamente una predicción grotesca y una sonrisa socarrona.

Amarande lo miró fijamente y, de pronto, agarró el cuchillo con tanta fuerza que sus nudillos se tiñeron de blanco.

—No pienso casarme con tu hermano.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo —repuso el príncipe, extendiendo los brazos. Su voz parecía la de un vendedor en el mercado, con mucha mejor labia que mercancía—. Tú te casas con él, lo desantras y me conviertes en rey. Y yo te instalaré en el

Itspi con el mozo de cuadra y la solemne promesa de que jamás te pondré una mano encima.

Luca apartó la mirada, el rubor le recorría los pómulos. Taillefer sonrió satisfecho. La gélida fachada de Amarande se tambaleó un poco. Le hervía la sangre. Por su sonrisa zorruna, era imposible saber si estaba bromeando, pero, tanto si lo decía en serio como si no, el segundo hijo de Pirineo había hurgado en la herida.

—Buena parte de ese trato requiere molestias por mi parte y promesas por la tuya —replicó la princesa—. Un equilibrio que no puede acabar bien para mí, alteza.

Esa respuesta solo sirvió para que Taillefer sonriera más y enarcara una ceja.

—Estás sugiriendo que adopte la fórmula de Domingo, ¿verdad?

Amarande limpió la hoja del cuchillo en sus pantalones.

—Cómo usurpes la corona no es asunto mío, pero no pienso ayudarte.

—Me parece justo. —El príncipe Taillefer dio un paso hacia el castillo con sus torretas de piedra roja rozando las nubes. Luego se detuvo—. A modo de referencia, mi hermano es cinco centímetros más bajo que este joven tan fornido. Apunta bajo, princesa, o perderás tu oportunidad.

Dicho eso, el príncipe Taillefer se atrevió a darles la espalda a la hija del Rey Guerrero y a su cuchillo.

Cuando el segundo hijo de Pirineo subió por la colina y atravesó la puerta del patio, Luca apareció al lado de Amarande.

—¿Son todos así?

La princesa no apartó la mirada de los capiteles rojos del Itspi. Su hogar se había convertido en un nido de víboras.

—¿Codiciosos? ¿Traicioneros? ¿Oportunistas? Todos y cada uno de ellos. Sin embargo, a puerta cerrada, el Consejo los colma de *sagardo* y de cumplidos mientras negocian el expolio de Ardenia.

Luca sopesó esas palabras. Ella le había hablado mucho de las leyes sucesorias que habían dejado al reino en esa situación.

—¿Y no te incluyen a ti?

—Saben que no lo consentiré, ya se lo he dejado claro. —Amarande apartó los ojos del Itspi y se giró hacia Luca, ruborizada a causa de la frustración. Ni siquiera habían involucrado a Koldo, aunque era la regente. Amarande la había visto por los alrededores, entrenando demasiado a fondo con los soldados como para haber estado presente en esas reuniones bañadas en *sagardo*—. Y lo último que quieren es que incomode a esos usurpadores con mis exigencias.

Luca hizo una pausa y la agarró de la mano para dejar clara su opinión. Amarande se ruborizó todavía más.

—Si no te escuchan en privado, tendrás que hacer públicas tus inquietudes.

Mientras hablaba, miró fugazmente hacia el anfiteatro, situado bajo el patio del castillo, en el otro extremo de los terrenos. El lugar donde iba a celebrarse el funeral. Donde la realeza y los plebeyos se reunirían para despedir al rey Sendoa.

Sí, eso era justo lo que tenía que hacer.